



# Carta del Hermano Superior

8 de diciembre 1980

CASA GENERALIZIA  
dei Fratelli delle Scuole Cristiane  
Via Aurelia, 476 - C.P. 9099  
I - 00100, ROMA, Italia

Roma, a 8 de diciembre de 1980

Hermano:

En el corazón mismo del año Tricentenario, te envío, como a todos los Hermanos, mi saludo y felicitación navideña y te ofrezco mis más sinceros deseos de paz y gracia abundantes para ese 1981 que se prevé tan lleno de incertidumbres como de posibilidades. Quiera Dios que en este nuevo año, nuestra respuesta personal y comunitaria a los designios de Dios sea tal y como la reclama nuestra vocación; sólo así podremos ofrecer a los hombres el testimonio que de nosotros tienen derecho a esperar.

Acabo de nombrar el año tricentenario. A él quiero referirme inmediatamente, para decir que el programa previsto se va cumpliendo satisfactoriamente: parece darnos resultados muy positivos para nuestra tarea de renovación; para nuestra mayor fidelidad al itinerario espiritual, en el que nos precede y solicita nuestro Fundador; para el aumento de nuestro amor y veneración para con él. Todo ello de acuerdo con los objetivos que señalé al

anunciar este período conmemorativo, en mi carta del 15 de mayo de 1979 (pp. 15-16).

Iniciaré esta carta con mi acostumbrada visión panorámica de la situación actual del Instituto: dos acontecimientos entraron de lleno en el programa tricentenario a nivel mundial: el Congreso Mundial Lasaliano de París (16 al 21 de julio) y el Simposio sobre la Oración, (Roma, 10 al 15 de noviembre).

El **Congreso Mundial Lasaliano de París**, con su correspondiente y paralelo **Encuentro Juvenil de Parmenia**, han dejado huella honda en quienes en ellos participaron. Para no pocos, incluso Hermanos, han constituido ambas asambleas una grata sorpresa y un nuevo aliento, al percatarse del poder de convocatoria y de impulso que tiene De La Salle, hoy, para muchos jóvenes, para tantos adultos que ven en él y en la aceptación de su mensaje, un estímulo fuerte para el bien, una motivación profunda para unirnos y ayudarnos en las tareas de promoción, servicio y evangelización de los pobres. El esfuerzo por conocer mejor al Santo y estudiar su doctrina ha sido notable en ambos encuentros: se ha hecho un esfuerzo real por « traducirlo » más concretamente en las circunstancias de nuestro vivir de hoy. El ambiente de verdadero entendimiento internacional entre los 1800 congresistas de 40 países, en París, como entre los 1100 jóvenes y sus 140 animadores en Parmenia, resultó verdaderamente admirable. Y, por decirlo todo, la dimensión de la oración comunitaria, fue excelente. Que el efecto positivo no ha sido flor de un día, nos lo han asegurado los repetidos testimonios recogidos en nuestras diversas visitas: jóvenes y menos jóvenes que par-

ticiparon en las jornadas de París y Parmenia, nos han hecho patentes el entusiasmo y la determinación con que ya planean y realizan sus proyectos de acción religiosa y social, de acuerdo con las orientaciones vividas en los dos encuentros.

El **Simposio sobre la Oración** ha constituido un testimonio público y solidario, a nivel universal en el Instituto, de la importancia que seguimos reconociendo al « primero y principal de nuestros ejercicios diarios », en expresión de La Salle, para la vida del Instituto entero y para cada uno de sus miembros.

Los catorce Hermanos elegidos y convocados para celebrar este Simposio han realizado un meritorio esfuerzo de reflexión y de síntesis, que a todos nos ha enriquecido. Su testimonio personal, sobre todo, ha sido ya en sí, una proclamación cualificada de la urgencia y del valor de la vida de oración, del diálogo con Dios, entendido más como elemento existencial de una proyección apostólica que como obligación ineludible y diaria. Preparando su trabajo, han interesado en él a no pocos Hermanos: ellos y los que pudieron vivir algún acto relacionado con el Simposio participaron en su dinámica.

A lo largo de sus análisis, los protagonistas del encuentro, han evidenciado, para sí y para los demás, la importancia de la relación entre fe y vida, entre oración y trabajo, en el seno de una comunidad inmersa en una sociedad secularizada. Su estudio se ha centrado en las enseñanzas de San Juan Bautista De La Salle; han explorado las riquezas del método que el Santo nos legó, comprobando, de paso, su actualidad. Para los tres competentes observadores de diferentes Institutos que siguieron muy de cerca el trabajo del Simposio, y, en menor

grado, para los Superiores Generales y Asistentes que acudieron a la sesión de clausura, fue una verdadera revelación la riqueza de nuestros textos y del legado espiritual del Santo. Como uno de los observadores dijo: « se dejó sentir en el grupo, un décimoquinto miembro del Simposio, el mismo Fundador, cuya presencia se palpaba como realidad dinámica del encuentro... ».

Nos interesa sumamente no dejar este acontecimiento en anécdota; deseamos que su significación y mensaje pasen a todo el Instituto. Los miembros del Simposio se han comprometido a transmitir y « multiplicar » por todos los medios a su alcance la propia experiencia espiritual vivida, a otros Hermanos. Además de su contribución de testimonio directo, esperamos que una publicación a diversos niveles, recoja su trabajo y conclusiones. Al final de esta carta, y como anexo, incluimos las principales conclusiones adoptadas y el Credo que han redactado, como fruto de sus deliberaciones. No puedo terminar esta brevísima reseña del hecho, sin felicitar cordialmente al Hno. Vicario General como primer promotor y organizador de esta excelente iniciativa.

Las visitas más importantes realizadas por mí mismo o por un grupo de Consejeros a diversos distritos, nos dan ocasión, que aprovechamos, para ofrecer a todos una panorámica de uno u otro sector del Instituto. En esos meses, nuestras experiencias se han desarrollado en estos países:

1. - **América Latina, cono sur:** El Hermano John Johnston y los Hermanos consejeros Pedro Ruedell

y Vincent Rabemahafaly visitaron esta subregión durante los meses de agosto a octubre.

Entre sus impresiones, destacan las relativas a la promoción de vocaciones y a la formación. Resulta alentador observar el aumento registrado en varios distritos en el trabajo y resultado vocacional. Al acercarnos al final del año 1980, nos informan que los Novicios en América Latina son 61: se mantiene pues el buen nivel alcanzado el año pasado, expuesto en mi carta de diciembre de 1979; tenemos motivos para esperar que se dé un nuevo avance en el año entrante.

El programa de formación inicial va ganando en concreción y profundidad. El esfuerzo y las esperanzas puestas durante tantos años en los aspirantados, se desplazan gradual y prudentemente hacia el período de postulantedo, o formación inmediatamente anterior al noviciado: el reclutamiento entre candidatos de edad temprana tiende a desaparecer. Es de notar la fidelidad con que estos distritos han facilitado a un número notable de sus Hermanos la experiencia renovadora del CIL o del Centro Regional Lasaliano. Subrayamos la buena política seguida en el Paraguay, en su sostenida atención a la promoción vocacional desde nuestra misma entrada en el país: así, once años después, son 12 los novicios y Hermanos jóvenes nativos.

Tocante a la acción apostólica y social desarrollada en estos distritos, merece citarse la constitución y animación de muchas comunidades educativas ejemplares, de las que en otras ocasiones hemos hecho mención. Estas comunidades educativas trabajan — empeñadas y solidarias — en tomar conciencia de los postulados lasallistas y en traducirlos a la vida, de modo que ofrezcan la fisonomía propia y

espíritu formativo específico lasaliano a nuestros centros. A pesar del número exiguo de Hermanos que integran esos equipos, el cuerpo de profesores seculares es permeable a nuestros principios y orientaciones, con gran ventaja del espíritu de la escuela. En Argentina, por ejemplo, muchos profesores de ambos sexos siguen cursillos y jornadas de pedagogía y espiritualidad de La Salle, consiguiendo que no sea el nombre solo del Santo el que honre y distinga las instituciones, sino que éstas honren lo que el Fundador enseña y significa para la educación cristiana.

Diré, en fin, con los tres visitantes, que se aprecia un progreso claro en la conciencia de las exigencias perentorias del servicio preferencial de los pobres; las iniciativas en su favor se suceden. Ciertamente que queda ancho margen por realizar y los Hermanos son de ello bien conscientes. En algunas situaciones político-militares existentes en el continente sudamericano, no es fácil la acción directa y eficaz en favor de la verdadera justicia y de la verdadera paz. Lo que en alguna ocasión nos preocupa es constatar que en determinados puntos y circunstancias, algunas comunidades quedan rezagadas respecto de las directivas tan luminosas como decididas de la jerarquía local. La nota dominante es, con todo, la ya mencionada, de creciente atención y mayor creatividad en favor de los marginados y pobres.

2. - Personalmente, visité en la primera quincena de septiembre, a los Hermanos de **Eritrea**. No pude realizar esta visita durante el periplo africano de primeros de año (cf. Carta del 15.05.80; pp. 15 a 20), y los Hermanos eritreos la pedían

insistentemente. Obtenidos todos los permisos para llegar a aquella región en estado permanente de emergencia, pude satisfacer nuestro común deseo y convivir una semana con el grupo.

Es una comunidad interesante y joven, que ofrece fundadas esperanzas: 36 Hermanos cuya edad media es de 27 años... El país ofrece regular y generosamente vocaciones a los diversos Institutos que allí trabajan; hay un pueblo católico, austero y sufrido, que mantiene su fe entre grandes dificultades; los Hermanos han participado ampliamente en las privaciones de un duro período de guerra, que se prolonga con las guerrillas. La moral es buena, pese a que el futuro presenta numerosos interrogantes de orden político y social. La libertad misma en nuestro ministerio no está absolutamente garantizada. Nuestros Hermanos jóvenes eritreos han aprendido mucho con las reflexiones y análisis a que su mismo aislamiento les ha obligado en esos años recientes: aprecian como pocos la necesidad absoluta de una formación sólida y estructurada; por esto han agradecido tanto la contribución de los Hermanos que, durante el verano último, han acudido a Asmara para ofrecerles dos cursillos sobre el Fundador y el Instituto. Es para ellos de urgente prioridad contar con algunos Hermanos de habla inglesa que se ofrezcan para trabajar de modo permanente en su formación inicial y continuada. Aquí se aplica de modo concreto y apremiante lo que en mi carta anterior indiqué sobre la atención y el servicio preferencial que debemos a nuestros Hermanos del mundo en desarrollo. Contamos con quienes sean más sensibles a estas invitaciones y trabajamos por resolver cuanto antes este problema, ya en Eritrea, ya en donde quiera que se presente.

3. - No quisiera omitir la breve mención de una asamblea a la que acudí inmediatamente antes de volar a Eritrea; y ello por lo que significa en su importancia numérica y estimulante. Más de 500 Hermanos de la **región de Francia**, con algunos representantes de otros países, se congregaron en Beauvais, a finales de agosto. Los intercambios de ideas y de experiencias apostólicas concretas entre tantos Hermanos, repartidos espontáneamente por centros de interés y afinidad de trabajo, ofrecieron a todos los participantes gran riqueza de iniciativas, nuevo impulso, fe renovada en la actualidad y recursos de nuestra misión hoy y abundancia de ideas para potenciar la propia actividad al servicio del mundo. Acertada la idea de estas asambleas: sin carácter de capítulo estatutario y sin que determinen políticas concretas para los distritos, sirven eficazmente para afianzar la verdadera fraternidad de espíritu y renovar, actualizándola, nuestra actividad apostólica.

4. - Con los Hermanos Patricio y Benildo, he tenido ocasión de visitar y saludar a los Hermanos de tres Distritos:

4.1. El Distrito de **Irlanda** festeja este año su centenario. Esta circunstancia me animó a escoger estos últimos meses para visitarlo.

Del 8 al 19 de octubre, pudimos unirnos a los lasalianos irlandeses en algunos de los actos más significativos de su año jubilar. Particular relieve oficial tuvo la Misa celebrada, por significativa opción, en la parroquia de Ballyfermot, un barrio de Dublín, de población abigarrada, tan pobre en recursos como rica en problemas de todo orden:

sociales, económicos; morales. El Presidente de la República de Irlanda y numerosas representaciones de comunidades y escuelas, en ambiente de fervor y entusiasmo, patentizaron la adhesión popular a La Salle con una celebración eucarística en que los elementos esenciales resultaron embellecidos por la inspiración de las composiciones musicales. Agradecemos al Señor el mucho bien realizado en nuestros Hermanos y, por su medio, en la juventud irlandesa, durante esos cien años.

La visita a las comunidades ocupó, naturalmente, el mayor tiempo de nuestra estancia en Irlanda. En las muchas e importantes obras escolares dirigidas y animadas por los Hermanos, apreciamos, a la vez, la calidad del trabajo profesional y apostólico y la adhesión profunda de profesores y religiosas asociados a la obra de los Hermanos. Y el afecto de los alumnos. Hay en Irlanda una cierta diversidad de tipos de escuelas, desde los centros de reeducación, como el reformatorio « Saint Patrick Training School » de Belfast, la escuelas de grande irradiación social en ambientes más característicamente homogéneos, obras de extensión cultural y de animación familiar, como la creada por las Asociaciones La Salle de Waterford... La proverbial riqueza de vocaciones en Irlanda sufre una ligera inflexión, que creemos fundadamente temporal. Necesita sólo, como hemos tenido ocasión de comentarlo con los Hermanos, una renovación profunda en la pastoral vocacional, en sus métodos; una mayor integración del magnífico profesorado seglar de nuestras instituciones; una creatividad mayor para inventar y realizar nuevos modos de animación de la juventud, esa juventud irlandesa,

que sigue ofreciendo excelentes cualidades y profunda religiosidad.

Por descontado, que aprovechamos la ocasión para felicitar y agradecer a los Hermanos irlandeses su extraordinaria contribución a la expansión misionera del Instituto. Aun en este aspecto, convinimos con ellos en la necesidad de adaptar medios y preparación y dar respuestas misioneras nuevas a las nuevas situaciones que presenta hoy el mundo en desarrollo.

4.2. Los Distritos de **Centre-Est** y de **Bretaña** (Francia), nos ocuparon los días, del 31 de octubre al 7 de noviembre, y del 7 al 13 de noviembre respectivamente. Son dos Distritos importantes numéricamente; pero en ambos, la avanzada edad media, en torno a los 60 años, es el más serio motivo de preocupación. Felizmente, una nueva esperanza parece iluminar los ánimos que, tras largos años de profunda crisis vocacional, parecían resignados a renunciar a la entrada de nuevos candidatos para nuestro Instituto. Nos han sorprendido gratamente esos grupos de jóvenes de la región lionesa, que mantienen vivas las impresiones de los grandes encuentros internacionales del pasado verano — París y Parmenia — y que se organizan para actuar de acuerdo con las orientaciones de La Salle, en favor del pobre y del joven. Nos repitieron en una entrevista que tuvimos con un equipo representativo, su reiterada instancia de que los Hermanos les sean guías espirituales; que les descubran mejor la figura y el mensaje del Fundador; y que les enseñen a orar, a trabajar desinteresadamente en proyectos de evangelización y de promoción humana. Y hemos visto cómo estos nuevos movimientos y

estas relaciones renovadas en su forma y objetivos, acrecientan la esperanza puesta en las modestas promociones de novicios y postulantes que ahora restablecen y afianzan el noviciado nacional francés.

En Bretaña hemos saludado a diversas comunidades educativas en las que los seglares, sensibles a la inspiración de La Salle y conscientes de su vocación educadora, preparan y perfeccionan los proyectos de animación de los imponentes complejos de formación técnica que allí admiramos. Tratan de asegurar la sucesión en la continuidad de su mismo espíritu, allá donde la edad de los Hermanos recomienda previsiones alternativas. Tal vez, son esos mismos asociados lasalianos abnegados quienes ven mejor, quienes con mejor conocimiento de causa proclaman lo difícil que es sustituir a una comunidad religiosa. Pocos testimonios tan directos y convencidos he oído sobre la privilegiada disponibilidad personal en que nos sitúa nuestra consagración religiosa y, más concretamente, el celibato consagrado, para una entrega total a la animación y gestión de una escuela católica, como alguno, muy cualificado, oído durante esta visita en Bretaña...

Así se viene repitiendo en tantos sitios la preocupación obsesiva: cómo asegurar del mejor modo el necesario relevo, al servicio de una obra que sigue siendo admirada y buscada y que, por eso mismo entre otros motivos, encuentra tantos obstáculos, oposiciones e incomprensiones. Se repite, al fin y al cabo, la experiencia fundacional del Santo. El problema de la escasez de operarios se viene planteando de modo incesante y creciente.

A considerarlo serena y objetivamente dedico esta

carta navideña: en actitud exenta de optimismos beatos y de pesimismos angustiados trataré de exponer lo que veo y siento, personalmente, sobre este tema importante...

\* \* \*

Este año del Tricentenario nos mantiene en tensa expectativa con referencia a nuestros problemas comunes y a las perspectivas de nuestro futuro. Todo el Instituto se siente más interesado por lo que puede renovar nuestra vida, rejuvenecer nuestros ánimos y garantizar una verdadera «reencarnación» del mensaje de La Salle hoy y en el mañana inmediato de nuestra historia.

Cuando reflexionamos sobre estos problemas y recursos, tropezamos reiteradamente con un factor que es causa de singular preocupación: la escasez de nuevas vocaciones y la persistente disminución de nuestros efectivos. Observamos que las estadísticas del Instituto acusan un continuado descenso a partir de 1966. Ahora, en plenas conmemoraciones tricentenarias, llegamos a rondar los 10.000 Hermanos. Sin haber podido frenar aún tal proceso descendente, prevemos que ese número disminuirá aún algo en los años siguientes, como consecuencia de un envejecimiento general, consecuencia de hechos ya incorporados a nuestros recientes anales.

Es igualmente cierto, y lo hemos venido repitiendo últimamente, que se advierte con carácter bastante general, un inicio de recuperación, signo de esperanza fundada. Una observación confirmada por numerosos y diversos testimonios, nos asegura que la juventud se muestra hoy mucho más interesada que en el pasado, por los problemas espiri-

tuales, por la vida religiosa como posible opción personal definitiva.

Las dos realidades apuntadas son compatibles y coexistentes, aun cuando aparezcan como de signo contrario. No podemos, sin embargo, esperar de esa recuperación inicial citada el milagro del cambio inmediato de tendencia en nuestros diagramas. Hará falta aún algún tiempo y un generoso y constante tesón por parte de todos, para que así suceda.

Ambos fenómenos coinciden en invitarnos a una acción pronta, decidida y responsable para ofrecer a los jóvenes que se hallan tan cercanos a nosotros, al menos físicamente, un proyecto capaz de decidir a muchos de ellos a alistarse en nuestra misma aventura apostólica. Cultivar un escepticismo esterilizante ante las perspectivas actuales, por el sólo hecho de que no se ven aún claramente los resultados inmediatos en nuestras estadísticas, no es realista: es resignación cómoda, y aun diría, peligrosamente suicida.

Es bueno preguntarse por el futuro del Instituto. Así lo hacen, por ejemplo, algunos de los documentos recibidos para la importante reunión intercapitular del próximo mayo. No para perderse en vanas disquisiciones, ni para angustiarse con funestos presagios; sino para comprender y proclamar una vez más que ese futuro se fragua en el presente; y el presente lo ha puesto Dios en nuestras manos. Las lecciones del pasado nos ayudarán a comprender mejor nuestra responsabilidad futura.

La permanente actualidad de nuestra misión está fuera de duda. Se confirma repetidamente en las numerosas invitaciones y apremiantes llamadas para que nos encarguemos de proyectos educativos de promoción y evangelización en muy diversos



países y culturas: tales, que exceden totalmente a nuestras posibilidades de responder. Lo que se pone en tela de juicio no es nuestra identidad, sino su profundización, su renovación al contemplar las necesidades presentes.

No hay ventaja en escamotear la realidad de nuestra situación. Más importante resulta comparar esta nuestra realidad con la «verdad» que irradia del ejemplo y de las intenciones de nuestro Fundador. En esa actitud de sincero examen de ambos objetivos, empezamos por sucinto examen de datos.

Nos situamos en el contexto de un fenómeno general de Iglesia a lo largo de estos lustros recientes; y admitimos que la realidad numérica descendente obedece a dos factores de signo negativo: por un lado, la baja impresionante en los índices de perseverancia; por otro, la disminución drástica de candidatos a los diversos Institutos Religiosos.

Por lo que toca a nuestra familia religiosa, los resultados numéricos son contundentes: en 1965, éramos 16.824 Hermanos, cifra cumbre alcanzada. Al final de 1980, somos poco más de 10.000. En el descenso continuado que señalan nuestros diagramas (ver gráfica 1ª), se advierten cuatro años críticos: desde 1969 a 1972. En ellos las bajas absolutas son: 782, 742, 660 y 704 enteros, respectivamente. Los porcentajes de bajas respecto al total de Hermanos en cada uno de esos años, alcanzan las cotas de 4,96%, 4,95%, 4,63% y 5,18%. Fueron años difíciles que, desde diversos ángulos, acompañaron o siguieron la revolución cultural, de que es cumbre y signo el histórico 1968.

Desglosemos ahora los dos factores citados: perseverancia y afluencia de nuevas vocaciones.

Nuestras estadísticas nos descubren que en la perseverancia se ha llegado a una estabilización muy notable. El porcentaje de solicitudes de dispensa de votos perpetuos en los cuatro años de crisis aludidos, fueron del orden de 3,06%, 3,19%, 2,89% y 2,95%. De 1976 a 1979 ha sido, en cambio, del 1,66%, 1,64%, 1,15% y 1,06%. Para 1980, el índice desciende a 0,82%, el más bajo desde 1955. (2)

Queda así más claro que el peso de la crisis persistente reflejada en nuestras estadísticas, recae totalmente en la escasez de nuevos candidatos y en la fluctuante perseverancia en el sector de Hermanos no incorporados definitivamente al Instituto con votos perpetuos...

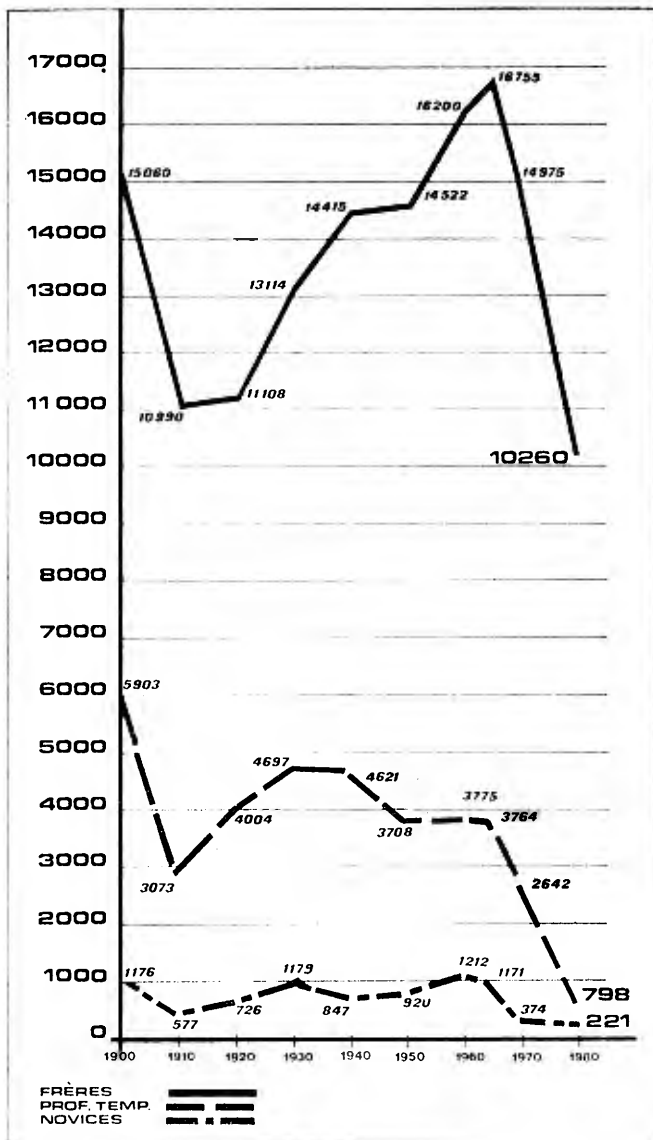
Vista, así, global y sucintamente nuestra evolución numérica, encuadrada en situaciones históricas concomitantes y condicionantes, lo que verdaderamente importa es analizar con cuidado sus causas y buscar con decisión sus remedios.

Descubrimos, ante todo, unas circunstancias generales que han tenido su peso en nuestras pérdidas; las debemos aceptar como coyunturales, externas y fuera del alcance de nuestras propias posibilidades. Su consideración nos ayudará a situar el fenómeno en sus justas proporciones. Citaré algunas:

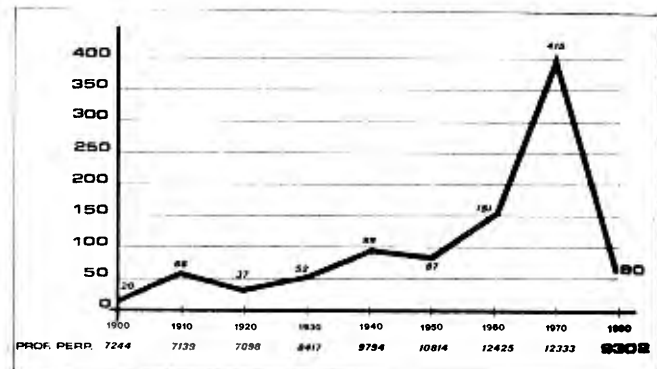
a) En general, la acumulación de cambios vertiginosos que han desorientado y planteado numerosas preguntas, a las que no es fácil dar a la vez respuesta adecuada, ha descubierto la inconsistencia

---

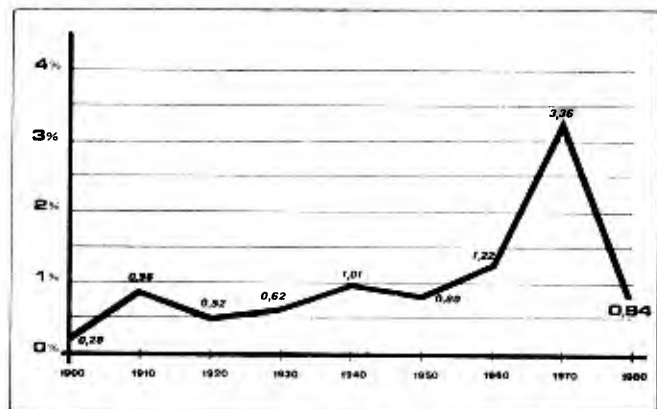
(2) Ver gráfica 2ª y 3ª.



Gráfica n. 1: Evolución del total de Hermanos (—), de profesos temporales (— —) y de novicios (— . —) a partir de 1900.



Gráfica n. 2: Totales de dispensas de votos perpetuos en los años señalados desde comienzos de este siglo.



Gráfica n. 3: Porcentajes de las dispensas de votos perpetuos en relación con el total de profesos perpetuos en los años que se indican.

de muchas hipótesis, teorías y políticas admitidas acriticamente como buenas, durante largo tiempo.

Se engendró así lo que llamaríamos una crisis global, que se hizo sentir y que aun repercute en la estimación de valores y en la apreciación de sus prioridades. Se ha abierto el abanico de numerosas opciones estimables, mientras que los valores religiosos en que se fundamentan opciones como la nuestra han sufrido una baja decisiva en la estimación, particularmente entre los jóvenes.

Las profesiones meramente técnicas y de buen rendimiento y prestigio humanos cobraron un atractivo mucho mayor durante la euforia desarrollista de los años sesenta y setenta, a expensas del interés por los valores trascendentes y eternos. Por lo demás, nuestra « oferta » vocacional no podía continuar realizándose y aceptándose tan sencilla y directamente como en tiempos anteriores, de ritmos vitales más pausados y costumbres y actitudes tradicionales aceptadas por todos. (1)

b) El secularismo, es otro aspecto importante en esa acelerada transformación de valores y de principios: fue ocasión de que se apagara en muchos el entusiasmo por un proyecto religioso concreto; de que se desvirtuara el sencillo encanto y la atrac-

---

(1) Mons. Carlo M. Martini, arzobispo de Milán y ex-rector de la Gregoriana, decía hace unos días: « El historiador que escriba la historia de la iglesia italiana a partir del 1965 deberá notar que se han dado cambios notables y casi inesperados. Evidentemente, como en todo tiempo de cambio, quienes se sitúan frente a tales cambios con madurez y deseo de profundizar los valores fundamentales sacan provecho de tal evolución; otros, no preparados, que se apegan a valores precedentes por tradición por sistema, se encuentran en dificultad... » (cf. *Famiglia Cristiana*, 7.12.1980, pág. 56).

ción espontánea ante la llamada a empresas y aventuras por el Reino de Dios. Ha sido frecuente en esos tiempos, por ejemplo, la reacción de jóvenes, aun de los ya comprometidos en la vida religiosa, que, de cara a las misiones, proclamaban sentirse más interesados por obras de mera promoción humana, servidas por un tiempo, que por iniciativas de evangelización aceptadas por toda la vida.

c) La familia, dentro de esa ola de visiones nuevas materialistas y utilitarias, ha sufrido también considerables trastornos y crisis. El Sínodo reciente los ha analizado y estudiado con atención particular. A cualquiera se le alcanza comprender cuánto condiciona la familia el reclutamiento para la vida y misión del religioso, y, en concreto, del Hermano. Por lo demás, la reducción generalizada de la prole a la mínima expresión, no favorece ciertamente la abundancia de vocaciones a la vida consagrada.

Estas y otras circunstancias de nuestro tiempo han complicado el problema vocacional. Toda la Iglesia se siente preocupada ante la disminución dramática de seminaristas y novicios. De esta preocupación nace la insistente llamada por despertar y movilizar la conciencia del pueblo cristiano. El Papa JUAN PABLO II vuelve una y otra vez sobre el tema, sin alarmismos que no dicen con la intrepidez de su carácter y de su fe, pero con acentos graves y apremiantes invitaciones. Entre la multitud de sus intervenciones, me bastaría recomendar la lectura y meditación de su « discurso a los llamados » en Porto Alegre (5.07.1980). O sus ardientes y persuasivas propuestas a los jóvenes alemanes, en Munich (19.11.1980):

« *La mies es verdaderamente grande y los ope-*

*rarios pocos... Es grande como el destino del hombre... Es grande por la fuerza de su vocación... Lo que significa que vosotros sois llamados por Dios... Solo Dios puede llamar al hombre. Y esta invitación divina se dirige incesantemente, en Cristo y a través de Cristo, a cada uno de vosotros... Jesús necesita jóvenes que, entre vosotros, sigan su llamada y vivan como El, en pobreza y castidad, para que sean signo vivo de la realidad de Dios en medio de vuestros hermanos y hermanas... El necesita sacerdotes, religiosos, hombres y mujeres, que lo dejen todo para seguirlo y servir a la humanidad. Queridos jóvenes... permaneced abiertos a la llamada de Cristo ».*

A un nivel operativo, se está preparando, en Roma, un Congreso Internacional de obispos, representantes de las Conferencias episcopales, al que hemos sido invitados algunos Superiores generales. Se celebrará el próximo mes de mayo. Su tema es el problema de la pastoral de vocaciones en cada iglesia local. Signo expresivo de la profunda preocupación y voluntad de acción concertada, ante una crisis que afecta a toda la Iglesia.

No debemos desconocer estas coordenadas generales de nuestro problema... pero nos urge mucho más ahondar en sus causas internas, más cercanas a nosotros. Solo así podremos intensificar nuestra atención y empeño común en la búsqueda y empleo de las soluciones adecuadas. Quiero citar, al menos, algunas de esas causas que me parecen dignas de atención y cuidado especial:

1. - El mismo Fundador, que conoció también crisis graves y hasta el riesgo de ruina total de su obra, nos enumeró unos elementos vitales — « soste-

nes », los llamó él — de nuestra vida y vocación específicas. Unos, interiores, que creo poder resumir en « la vida de oración o vida de fe »; otros, externos, que podemos cifrar en « la vida de comunidad », expresada y mantenida por relaciones sinceras y profundamente evangélicas.

De este espíritu de fe, como experiencia vital de la presencia de un Dios cercano y actuante en nuestra existencia personal y comunitaria, hace el Santo una condición de vida o de muerte para el individuo (« los que no lo tienen deben ser considerados como miembros muertos ») y para la comunidad (recordemos los acentos tremendos que emplea en su Meditación 77).

Ahora bien, ciertas corrientes presuntuosas, que querían justificar el abandono de la oración y su fácil sustitución por otras actividades, loables sí, pero que nunca podían reemplazarla, se han puesto enteramente de espaldas a la intuición carismática y al realismo experimental del Fundador y nos han causado un daño enorme. La reducción irresponsable de los tiempos reservados a la oración en la vida comunitaria ha hecho más difícil la dedicación individual, imprescindible, a este « santo ejercicio », « el primero y principal de los ejercicios diarios » (Reglas 1726: 4,1).

Esta tendencia funesta, reñida con los criterios de la Regla actual, cap. 3 d, enrarecía espiritualmente el clima comunitario por una parte; y, por otra, privaba a nuestro testimonio ante los jóvenes del signo espiritual y evangélico, que los mejor dispuestos entre ellos, guiados por el Espíritu, quieren encontrar en la elección de su vocación existencial.

Las serias carencias en este soporte interior determinaban pronto otras quiebras de los sostenes

externos, concretamente, de la vida comunitaria significativamente evangélica.

Un individualismo malsano ha corroído en muchos el verdadero sentido de la vida común, de la comunicación de bienes, recursos y proyectos; con apropiaciones materiales, han hecho absurda y contradictoria la pública profesión de pobreza; con egoístas reservas han socavado la caridad fraterna y el testimonio de amor cristiano que debemos al mundo. ¿Qué fuerza de « sostén » y apoyo sigue teniendo entonces la rendición, como cauce de particulares relaciones entre el director y los demás Hermanos? ¿Qué calidad alcanzan las relaciones mutuas, favorecidas y mantenidas por todos los medios (en versión moderna del « modo de hacer bien las recreaciones »)?...

Los jóvenes de hoy han expresado repetidamente que la verdadera atracción por la vida religiosa les alcanzará más por el dinamismo contagioso de una comunidad evangélica, que por las obras concretas a que ella se entrega, dando por supuesto que estas obras representen un servicio cristiano al hombre actual y al alivio de sus verdaderos problemas.

El primer punto de referencia para entendernos sobre cualquier renacer vocacional, es, para nosotros, responder a estos medios fundamentales recomendados por el Santo Fundador para mantener la vitalidad profunda y el dinamismo del Instituto y de cada uno de sus miembros.

2. - Señalaré también en este somero inventario de factores desintegrantes ciertas actitudes funestas y suficientemente generalizadas, de las que nos interesa desprendernos en la medida en que apreciamos el mal que nos han hecho y siguen haciendo.

Y en primer lugar, la presunción, entendida como un talante moral que se manifiesta de diversas maneras:

— presunción en ciertas aperturas al mundo: con pretextos engañosos, se dejan de lado necesarias cautelas: de sus estragos hablan elocuentemente los porcentajes en las motivaciones aducidas para las dispensas de votos...; (1)

— presunción de quienes multiplican los proyectos individuales, o siguen sólo iniciativas muy particulares de grupo, sin contar con la garantía y el respaldo de un discernimiento comunitario, de una orientación y aprobación responsables, de una evaluación de la comunidad;

— presunción de quienes se creyeron autorizados y capaces de inventar formas o ensayar modos harto originales de vida religiosa o experiencias apostólicas que no merecían tal nombre: les faltaban los requisitos indispensables que debían prepararlas, acompañarlas y evaluarlas debidamente;

— presunción, también, de quienes se aferraban a modos personales de ver y a formas exclusivas de entender la fidelidad, tercamente empeñados en no participar en la reflexión y diálogo comunitarios, en donde « por excelencia, reside y actúa el Espíritu Santo », según el viejo pensamiento benedictino, acuñado en términos nuestros por la Declaración (7,2).

---

(1) Lumen Vitae anuncia la publicación de otro libro del P. Tillard sobre la « vida religiosa apostólica ». Su título: « Dans le monde, pas du monde » parece ya de por sí apuntar a una orientación fundamental que es preciso recalcar.

3. - Otra actitud poco evangélica, que ha desfigurado nuestra imagen auténtica y, como consecuencia natural, le ha hecho perder su influjo moral y su poder persuasivo, ha sido el aburguesamiento, como estilo de vida fácilmente adquirido y desarrollado en una sociedad de consumo. En la medida en que nos hemos dejado arrastrar por su filosofía y por sus reclamos publicitarios, hemos perdido el poder incisivo y, a la vez, la fuerza de atracción de un talante sanamente contestatario, profético, como debe ser el estilo de vida religioso en el mundo. Podemos afirmar que el mapa de la carestía de vocaciones sigue fielmente, en general, el diorama indicativo de los sectores de abundancia. Y es evidente que, al difuminarse las diferencias entre nosotros y la gente del mundo en estilo de vida y en facilidades materiales, deja de verse claro el por qué de una renuncia al mundo si ha de ser para vivir con parecidas apetencias.

4. - Cuando no resultó paralela la curva ascendente de nuestros balances económicos con la gráfica de nuestras generosidades por el mundo en desarrollo y por los pobres, quedó seriamente alterado el signo de nuestros desinterés y desprendimiento corporativos... Y sin esta característica, imprescindible en toda autenticidad evangélica, no podemos invitar a los jóvenes a que sigan con nosotros a Cristo pobre, ni lograr que se incorporen a nuestras comunidades los pobres, siempre más sensibles y abiertos a la llamada del Señor y de su Reino.

Nuestra fidelidad al pobre y nuestro acercamiento a sus condiciones reales de vida, no han sido siempre suficientemente conformes a la opción

original del Instituto: en la misma medida ha disminuido la fuerza de su mensaje. Una de las condiciones que más general e insistentemente ponen los jóvenes candidatos a nuestro Instituto, o quienes piensan en la posibilidad de serlo, es la garantía de ser movilizados realmente en un servicio leal y generoso del pobre, del marginado y oprimido por la pobreza o injusticias sociales.

5. - Finalmente, sin pretender agotar las causas de nuestras pérdidas, apuntaré ciertas deficiencias en la formación. Factor condicionante de la calidad humana y religiosa de quienes encarnan hoy y mañana el espíritu y la misión del Instituto; que, a la vez, ofrecen a los contemporáneos su verdadero fin y sentido.

Ciertas peligrosas indeterminaciones y carencias en objetivos y planes de formación de base; una como mal entendida parsimonia o deficientes criterios selectivos a la hora de procurar medios de formación permanente, han dañado el progreso numérico y la madurez necesaria de nuestras comunidades, con la correspondiente pérdida de capacidad proselitista.

Cuando no se supieron indicar clara y vigorosamente, desde el comienzo mismo de la actuación formadora y en prudente progresión metodológica, los objetivos reales de nuestra vocación y sus exigencias, todo entendido a la luz de nuestro Fundador, de su experiencia y de sus ejemplos, la misma verdad y eficacia del proceso resultaban comprometidas; y lo mismo sus resultados finales.

No quisiera que esta rápida enumeración y leve comentario de factores de muerte dieran la impre-

sión de lamentación tardía o de acusación sistematizada y deprimente. Nada más lejos de mi ánimo e intención al señalar la cizaña esparcida por entre tanto y tan buen grano como nuestro campo presenta.

He apuntado algunos de los fallos que han perjudicado nuestro reclutamiento. Partiendo ahora de cuanto advertimos de vitalidad interna, me referiré a algo de lo mucho que se está haciendo — nunca, ciertamente, lo bastante — para enderezar la curva de nuestras pérdidas. La crisis son fenómenos de vida y crecimiento: nos ayudan, a condición de que reaccionemos a ellas de modo apropiado. Así debemos entender la nuestra.

\* \* \*

Veamos, pues algunas de las reacciones surgidas entre nosotros ante sus experiencias.

Para los más, la respuesta ha sido adecuada, pero no fueron pocos los que no reaccionaron bien. Hagamos un breve recuento de respuestas equivocadas para pensar luego en las otras — las más — y en el modo como ellas aseguran nuestra esperanza.

— Para un número apreciable de Hermanos, el choque brutal con el aluvión aludido de cambios y con el descubrimiento de numerosas deficiencias que en él se revelaron mejor, produjo sorpresa y desencanto; les faltó fe ante el hundimiento de algunos soportes, no siempre de índole puramente religiosa, que camuflaban la debilidad de su confianza. « Sperabamus... » dijeron como los de Emaús. Se apoyaron siempre en pilares, al parecer incombustibles, que ahora se tambaleaban. Y quedaron en expectación pasiva, regateando su colaboración al necesario esfuerzo.

— Algunos sintieron la quiebra de sus segu-

ridades y cuando su desazón degeneró en angustia, gritaron un « sálvese el que pueda » poco honroso y en pugna con la fidelidad jurada.

— En otros, la sorpresa y el mal humor se resolvieron en acusaciones contra personas de dentro y de fuera. No podían aceptar una realidad incómoda. No trabajaron con humildad y amor, al estilo recomendado por el Apóstol, « venciendo el mal con el bien » (Rom. 12:21). « Querían ver milagros en los demás », como se expresa gráficamente el Fundador (Medit. 73,1). Su resentimiento degeneró en aislamiento remiso, en apariencia correcto, o en escepticismo, en juicios amargos y comportamientos insolidarios, en fatalismo demoledor: « Ya lo decía yo... », como estribillo monótono que les abroquelaba contra un diálogo abierto y una colaboración constructiva con sus Hermanos.

— Reacción negativa también, pese a su apariencia menos virulenta, la de los utópicos que se remitían a soluciones imposibles: « Si todos fuéramos lo que debiéramos ser... Si los jóvenes de hoy resultaran como los de antaño... ». Y así regateaban su concurso a diversas colaboraciones por no aceptar a los demás como realmente son. Aventuraban, tal vez, frases bonitas — « lo importante es que la Iglesia viva... no caigamos en afanes proselitistas... » — para hurtarse a un esfuerzo de reclutamiento que la misma Iglesia nos urge para que podamos seguir sirviendo a su misión en el campo que nos ha sido siempre asignado.

— Ni faltaron los « falsos profetas », que surgen especialmente en momento de crisis, en manifestación triste y concreta de aquella presunción de que antes hablé. Confiaban demasiado en sus luces

personales. Menospreciaban los criterios superiores y comunitarios, avalados por capítulos y responsables legítimos. Alzaron su propia cátedra y expusieron a quienes se prestaban a oírlos sus teorías particulares en que cifraban la salud del Instituto, al que abandonaron finalmente, dejando no pocas veces en pos de sí confusión y desaliento.

— Se ha dado también ese optimismo beato, más o menos consciente, de quienes pretenden desconocer sistemáticamente la realidad y prefieren aguardar pasivamente a que las cosas se arreglen, o se disuelvan, por sí mismas. Auguraron a veces para el Instituto una tranquila eutanasia, sin traumas ni tensiones. Preferían vendar sus ojos y no ver lo que había que corregir y enmendar. Les viene bien lo que ERICH FROMM escribe de semejantes actitudes: « *Quienes inconscientemente desesperan, cubriéndose con la máscara del optimismo, no son precisamente cuerdos. Los que no han renunciado a la esperanza tendrán éxito, con tal que sean a la vez obstinadamente realistas, alejen ilusiones y aprecien en su entidad real las dificultades. Esta sobriedad distingue a los "utópicos" despiertos, de los soñadores* ». (1)

Y dejo esta breve letanía de reacciones equivocadas para pasar a un recuento sucinto de las verdaderas respuestas, las más y las mejores, de los muchos que con su esfuerzo solidario, en humildad y amor, se afanan en rectificar deficiencias y afinar valores, preparando así un futuro mejor.

Apenados, pero no sorprendidos; cautos, pero

(1) FROMM Erich, *To have or to be?*, Edit. Abacus, pág. 170.

no angustiados, han mantenido éstos un equilibrio justo y equidistante de pesimismo y optimismo, irreales por extremos.

a) Han comprendido justamente que, si la vida de fe y de oración siguen siendo garantía de la existencia y vigor del Instituto y de sus miembros según la visión del Fundador, debían ponerse en movimiento todas las iniciativas necesarias para superar airoosamente el peligroso déficit estimado en tales valores. Volvamos a pensar en lo que ha querido representar y ser el reciente Simposio sobre la oración a que me he referido en las primeras páginas. De hecho, los jóvenes en busca de una vocación apostólica, se muestran particularmente ávidos de maestros y lugares que faciliten su encuentro y diálogo existencial con Dios.

b) Muchos Hermanos trabajan decididamente en nuestra renovación por una mejor calidad y profundidad de la vida comunitaria, para que resulte verdaderamente significativa y atraiga a los jóvenes que desean vincular su vida al servicio del Reino. Reconocen el puesto real que compete al Hermano Director en la Comunidad, en la que « se esfuerza por ser el que sirve... lazo de unión... que proporciona a los Hermanos ocasiones frecuentes de alternar con él... y les ayuda a descubrir la voluntad de Dios en ellos » (Reglas 7, c). Fomentan excelentes relaciones interpersonales de las que resultará una comunidad « que estimula en todos, la generosa donación de sí mismos, siempre que la unidad de voluntades, en aras del bien común, exija sacrificios » (Regla 3, e).

Es, justamente, lo que esperan encontrar los que sienten la llamada de Dios a una vida consa-



grada. Repiten a su modo, lo que un grupo numeroso de jóvenes decían al Superior General de una Congregación amiga, al final de una feliz experiencia de vida y oración en una de sus comunidades: « Garantícenos que encontraremos siempre comunidades así y nos tiene Vd. a todos en el noviciado ».

La generalización a todas las comunidades y la mejor comprensión y realización del proyecto comunitario va ayudando eficazmente a preparar esos ambientes dignos y acogedores para la juventud que queremos ganar.

La prosecución en el estudio y la consecuente mejor comprensión de nuestra misión en el tiempo actual, al servicio de una humanidad doliente, sirve mucho para mejorar nuestra « oferta » concreta a los jóvenes de hoy... El « ven y verás » (Juan, 1,46) sigue siendo clave metodológica de una buena pastoral vocacional. Pero exige que podamos ofrecer a la juventud en busca de opciones existenciales un servicio actualizado, que corresponda a las verdaderas necesidades, urgentes, del mundo de hoy, sin salirnos de las opciones fundamentales del Fundador: los jóvenes y los pobres.

Opciones por otra parte, amplísimas y de actualidad palpitante, como que coinciden con las de un hecho eclesial tan reciente y de alcance tan universal, como la Conferencia del CELAM en Puebla.

Opciones claras que determinan, sin equívoco, la fisonomía de nuestro Instituto, su finalidad y su trabajo específico.

Las múltiples necesidades del mundo de hoy no nos dejan indiferentes a la hora de determinar nuestras prioridades; pero no deben desintegrarnos por un vano intento de abarcar todos los aspectos posibles que hoy reclaman solución.

c) Y sigue calando en la conciencia de muchos la convicción de que a ese esfuerzo lleno de esperanza, no debe faltar la propuesta expresa, la oferta sincera y abierta que debemos presentar a quienes pueden entenderla y apreciarla: la invitación clara que les decida a unirse a nosotros.

Las buenas vocaciones siguen vinculadas a quienes ponen los medios para ganarlas, de forma generosa e inteligente.

Siempre será cierto lo que hace un mes leí en un documento de gran interés procedente de nuestros Hermanos del Viet-Nam, que mantienen su esperanza en las vocaciones, aun dentro de su difícil situación: « El problema de nuestro reclutamiento es vital para el Distrito. Pero los jóvenes no se reclutan; se les atrae por una vida verdadera ». Cierto. A condición de que no se excluyan los dos términos. Una vida verdadera, renovada y dinámica, es condición necesaria de toda pastoral vocacional; pero nadie podrá dispensarnos de una estrategia inteligente, organizada y sostenida. Es un esfuerzo que nos concierne a todos y que no puede reservarse a algunos « reclutadores » o « carismáticos ». Así se va entendiendo en muchos distritos y los resultados van recompensando los esfuerzos. Un acertado camino, en el que nos queda aún mucho por andar.

El problema vocacional no sea pesadilla, sino reto que nos mueva a actuar más auténtica y solidariamente. Este es el sentido que las reacciones positivas apuntadas señalan con claridad.

La escasez de vocaciones es una crisis que obedece a circunstancias coyunturales transitorias, que he intentado enumerar. Nuestro celo hará que las superemos cuanto antes. Cualquier demora en lograr

soluciones, agrava el problema al aumentar la distancia entre generaciones. Con JUAN XXIII, dejando a un lado lamentos de impotencia desesperanzada, repetimos: « Acción ahora mismo ».

Cada Hermano, cada comunidad, allá donde trabaja, ponga manos a la obra. No hay país ni cultura en que no germine la vocación, en donde no resuene la llamada de Dios. Donde oí decir a Hermanos muy experimentados y conocedores de la situación local que nunca se darían vocaciones, ni podría enraizarse el Instituto... allí mismo florece hoy una cosecha vocacional apreciable, superior a la del país de donde procedían tales profetas...

No falte nunca el equipo animador que coordine, sostenga y oriente el trabajo de todos.

No nos frenen en nuestro esfuerzo pronósticos basados en datos sociológicos atribuyéndoles una infalibilidad que la historia pasada no refrenda.

La « Madre de la esperanza y de la gracia, llena de santa alegría », como canta la prosa, ilumine y sostenga nuestro empeño. A Ella, Madre en cuya fiesta sale esta carta, confiamos nuestra preocupación y nuestra esperanza. Bajo su protección pongo también desde ahora la importante asamblea que tendremos con los responsables de regiones y distritos en el mes de mayo próximo y que servirá eficazmente para examinar muchos de los puntos tratados en esta carta.

En Ella, y en San Juan Bautista de La Salle, me reitero humilde servidor y hermano.

*H. José Pablo*

## LA ORACION EN LA VIDA DEL HERMANO HOY

Simposio Internacional FSC  
(Roma, 9 a 15.11.1980)

*De entre los diversos documentos producidos por los miembros del Simposio, presento aquí esta « profesión de fe ».*

## NUESTRO CREDO

Somos catorce Hermanos de diversos países, reunidos por invitación del Consejo General con ocasión del Tricentenario para reflexionar sobre nuestra propia experiencia de oración y la de nuestros Hermanos, tal como se vive hoy en nuestras diferentes regiones. Se nos pidió a cada uno de nosotros presentar una reflexión seria sobre « La oración en la vida del Hermano hoy ». Esos documentos nos han servido de base para una semana de intensa reflexión, oración e intercambio entre nosotros. Hemos centrado particularmente nuestra atención en la oración en nuestra espiritualidad lasaliana, y especialmente en nuestra oración mental.

Ahora, al final de nuestra semana, deseamos

compartir con ustedes algunas de nuestras percepciones y convicciones, aunque sentimos la dificultad de transmitir toda la riqueza de lo que hemos compartido y experimentado. Además de nuestros textos más amplios, quisiéramos expresarnos nosotros mismos en forma de CREDO que resuma, así lo esperamos, lo esencial de nuestras reflexiones, diálogos y creencias. Así, pues:

CREEMOS que la oración es don y arte. Como don, nace de la constante iniciativa de Dios. Como arte, requiere nuestro esfuerzo personal para acoger y responder a esa llamada de Dios y para llegar a la oración continua;

CREEMOS que podemos conciliar la tensión entre nuestro trabajo y nuestra oración, no sólo re-evaluando el tiempo que dedicamos a la oración y al ministerio, sino también re-examinando la calidad de nuestra presencia a Dios y al pueblo al que servimos;

CREEMOS que debemos aceptar el reto de dialogar con el mundo secularizado en el que vivimos, en espíritu de fe, y descubrir así el amor redentor de Dios y su voluntad para con nosotros, construyendo su Reino;

CREEMOS que nuestra oración personal y comunitaria se enriquece compartiendo la oración con otros grupos que buscan también a Dios;

CREEMOS que en la oración nos damos cuenta de nuestra pobreza ante Dios, y que esta conciencia nos abre para compartir nuestro ministerio y nuestra oración con el pobre;

CREEMOS que, cuando una comunidad crea clima de fraternidad, dispone espacio conveniente

para orar, y anima la participación creadora en la oración, viene a ser realmente el primer apoyo para nuestra vida de oración;

CREEMOS que la responsabilidad del encuentro con Dios en la oración reside finalmente en el interior de cada uno, como un « imperativo existencial » que crece cuando respondemos a la llamada de Dios y cuando, como « novicios perpetuos », progresamos en las diferentes etapas del crecimiento humano;

CREEMOS que el « no hacer diferencia entre los deberes de nuestro estado y los de nuestra santificación » sigue siendo principio fundamental en nuestra vida de Hermano;

CREEMOS que nuestro ministerio nos impulsa a la relación directa y permanente con ese Dios por quien trabajamos y que da sentido a nuestra actividad apostólica;

CREEMOS que toda nuestra vida está llamada a ser relación personal y amorosa con Dios, siempre presente y que nos ama siempre, y que esta creencia alimenta nuestro espíritu de fe y nuestro espíritu de oración;

CREEMOS que la Palabra de Dios ilumina toda nuestra vida y nos da la fuerza que necesitamos para convertirnos constantemente y para comprometernos en la historia de la salvación;

CREEMOS que la oración comunitaria es indispensable para que la comunidad sea cristiana y lasaliana;

CREEMOS, con nuestro Fundador, que el misterio de la Trinidad es la fuente de nuestra oración, de nuestra fraternidad y de nuestra misión;